

Acerca de la situación mundial:

ANTE UN NUEVO GOLPE DEL *CRACK* DEL CAPITALISMO Y LA PANDEMIA DEL CORONAVIRUS

LAS TRAICIONES DE LOS REFORMISTAS Y LAS TAREAS DE LOS REVOLUCIONARIOS

Comité redactor del NTI-CI, 12 de mayo de 2020

El presente documento es un aporte a la discusión sobre la situación mundial y las enormes tareas y responsabilidades históricas que recaen sobre la vanguardia obrera internacional. Sabemos que, a falta de un reagrupamiento internacional de los marxistas revolucionarios, y en ausencia de una dirección internacional probada y madura, las respuestas que pequeños grupos revolucionarios aislados podamos dar sólo pueden ser parciales y aproximadamente correctas. No obstante, sin estas aproximaciones teóricas y programáticas será imposible avanzar en conquistar el reagrupamiento revolucionario que el proletariado necesita y se merece para triunfar, es decir, dar pasos firmes en el camino de refundar nuestro partido mundial, la IV Internacional. Ponemos entonces a consideración de la vanguardia obrera internacional el siguiente aporte.

Índice

1. Introducción.	2
2. Cómo el capitalismo preparó las condiciones para la crisis sanitaria.	3
3. Los gobiernos responden a la crisis salvando a los capitalista y descargándola sobre los explotados.	4
4. Con el inicio de la crisis se pone en cuestión el equilibrio capitalista.	5
5. Cómo salió el imperialismo de la crisis de 2008.	10
6. La vigencia de la teoría del imperialismo, el imperialismo se sostiene reproduciendo el parasitismo, nuevas burbujas preparan la profundización de la bancarrota.	12
7. A pesar del retroceso coyuntural del proletariado internacional la situación mundial permanece aún indefinida.	19
8. Crisis de dirección.	20



1. INTRODUCCIÓN

Hacia fines de febrero de 2020 comenzó una seguidilla de derrumbes bursátiles de las bolsas de valores de todo el mundo, que para el 28 del mismo mes había generado una pérdida de valores de tal magnitud, que no se registraba una semejante desde el año 2008, marcando el inicio de una nueva crisis de la economía mundial capitalista. Durante las semanas siguientes, las caídas tendrían su continuidad con el lunes negro del 9 de marzo, el jueves negro del 12 y el siguiente lunes negro del 16, con la mayor caída diaria desde la crisis de 1929. Para mediados de marzo, en tan sólo tres semanas, Wall Street había perdido el equivalente a todo lo que había ganado desde la llegada de Trump al poder. Para el 31 de marzo las pérdidas de las bolsas de España e Italia eran de alrededor del 50 %, del 40 % para el resto de Europa y del 30 % para Wall Street.

La burguesía habla de “la crisis del coronavirus”, intentando ocultar que de lo que en verdad se trata es de un nuevo estallido del *crack* de la economía capitalista decadente y putrefacta. En realidad, el sistema capitalista estaba en bancarrota desde hace rato. La burguesía venía pateando la crisis para adelante, inyectando dinero fresco sin respaldo en el mercado de repos en EE. UU. e imprimiendo y prestando en Europa y Japón a tasa cero e inclusive a tasas negativas, sosteniendo de manera ficticia la economía para que no entrara en recesión. La pandemia del coronavirus sólo fue la pluma que desniveló la balanza rompiendo el punto de equilibrio de la economía mundial, que ya venía desacelerándose desde 2018. Las guerras comerciales de Trump contra China, la UE (Unión Europea), México y Canadá, etc., fueron el producto de la desaceleración de la economía capitalista, que ya amenazaba con entrar en una nueva crisis. A través de esas mismas guerras comerciales Trump moldeaba la economía y la división mundial del trabajo a las necesidades del imperialismo yanqui, a la vez que racionaba la parte del mercado que les tocaba a sus competidores comerciales. Esto, a la vez que le permitía a EE. UU. sostener el ciclo de crecimiento de su economía, tenía necesariamente que profundizar la desaceleración económica de sus competidores. La desaceleración de la economía mundial generó a la vez una caída de la

demanda del petróleo, que determinó una crisis de sobreproducción de éste y una guerra comercial entre Arabia Saudita y Rusia, profundizando la caída de las bolsas el lunes negro del 09 de marzo.

EE. UU. mantenía el ciclo ficticio inyectando dinero fresco al mercado, preparando de esa manera un hundimiento mayor de su economía. La pandemia del coronavirus no determinó el estallido de la crisis, pero indudablemente lo aceleró y profundizó en la misma medida en que profundizó la desaceleración de la economía mundial. El ciclo de crecimiento ficticio de la economía norteamericana había llegado a su fin con una contracción del 4,8 % en el primer trimestre de 2020 y la economía mundial capitalista, luego de “superar” la crisis del 2007/08, entraba en una nueva bancarrota incluso superior.



Parásitos de Wall Street ante el derrumbe de las bolsas.

Estamos entonces ante el inicio de una nueva crisis de fin de ciclo de la economía capitalista, la cual se expresa como crisis de una enorme sobreproducción y acumulación de capitales en ciertas ramas de producción, como el petróleo; crisis de sub producción en otras ramas, como en mascarillas, respiradores y demás elementos sanitarios para enfrentar la pandemia; y una crisis sanitaria producto del colapso de los sistemas de salud en todo el mundo, socavados por todos los gobiernos y regímenes con las políticas de “austeridad” con las cuales descargaron la crisis del 2007/08 sobre las masas, todo esto en un mundo ya repartido entre las grandes potencias que pone a la orden del día una nueva lucha entre las mismas

por “un nuevo reparto”, hoy con guerras comerciales con medios militares. y mañana, si no lo impide la revolución proletaria,

2. CÓMO EL CAPITALISMO PREPARÓ LAS CONDICIONES PARA LA CRISIS SANITARIA

Una de las características del modo de producción capitalista es la anarquía. La burguesía, en su búsqueda insaciable de ganancias, explota al proletariado y a la naturaleza buscando siempre la obtención del máximo beneficio. La búsqueda del beneficio inmediato, por fuera de cualquier plan que parta de las necesidades de las masas, lleva a la burguesía a realizar acciones que tienen resultados imprevistos. Al respecto, sostiene Federico Engels:

Cuando un industrial o un comerciante vende la mercancía producida o comprada por él y obtiene la ganancia habitual, se da por satisfecho y no le interesa lo más mínimo lo que pueda ocurrir después con esa mercancía y su comprador. Igual ocurre con las consecuencias naturales de esas mismas acciones. Cuando en Cuba los plantadores españoles quemaban los bosques en las laderas de las montañas para obtener con la ceniza un abono que sólo les alcanzaba para fertilizar una generación de cafetos de alto rendimiento, poco les importaba que las lluvias torrenciales de los trópicos barriesen la capa vegetal del suelo, privada de la protección de los árboles, y no dejaran tras sí más que rocas desnudas! **Con el actual modo de producción, y por lo que respecta tanto a las consecuencias naturales como a las consecuencias sociales de los actos realizados por los hombres, lo que interesa preferentemente son sólo los primeros resultados, los más palpables** (Federico Engels, *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*, 1876, negritas nuestras).

Aunque no es posible descartar la posibilidad de la creación del virus en un laboratorio estadounidense

o chino, no creemos necesario, a menos que la evidencia lo indique, recurrir a esa hipótesis. En cuanto el capitalismo realiza una explotación irracional de la naturaleza en busca de un beneficio inmediato, los resultados imprevistos pueden jugar a menudo una mala pasada. La depredación de la naturaleza, la tala indiscriminada de árboles, los incendios intencionales en el Amazonas con la intención de ganar tierra para la agricultura y ganadería, el tráfico de animales, entre otros, generan “resultados imprevistos” como la aparición de nuevas enfermedades, epidemias y pandemias que afectan en mucho mayor medida a los explotados por las pésimas condiciones de habitación, alimentación y degradación económica y cultural que les impone el sistema capitalista.

La pandemia del coronavirus no era predecible, pero sí era previsible, puesto que ya ha habido pandemias en el pasado reciente y los científicos y especialistas en la materia venían advirtiendo sobre la cuestión. Pero la burguesía no predijo ni previó nada. Los gobiernos capitalistas primero negaron la importancia de la enfermedad y la OMS -esa colateral de la ONU al servicio de los grandes monopolios de la industria de la salud, laboratorios y farmacéuticas imperialistas- declaró al COVID 19 como una pandemia recién el 11 de marzo, cuando debió hacerlo por condiciones objetivas a partir de la tercera semana de enero. Es que los parásitos capitalistas venían pateando la crisis financiera para adelante y sabían que la pandemia iba a afectar la economía, profundizando la crisis, como finalmente sucedió.

Una de las condiciones necesarias de salida a la crisis de 2008 fue el ataque al nivel de vida de las masas y, como parte de éste, las políticas de “austeridad” con su corolario de ataque a los sistemas de salud y educación públicos y sus privatizaciones. Los hospitales no cuentan con los insumos básicos ni con la cantidad de personal necesario. A la vez, muchos profesionales de la salud no encuentran un empleo, y las condiciones de trabajo de los que lo tienen son



precarias; a este panorama hay que sumar que, con el ahogo presupuestario de la educación, no se genera la cantidad de profesionales de la salud suficiente ni la calidad necesaria para dar cobertura total a la salud de las clases populares.

Así, la explotación indiscriminada y anárquica de la naturaleza y el socavamiento de los sistemas de salud y educación, generaron las condiciones para que un virus que parasita habitualmente a los murciélagos o a los pangolines evolucionara como una zoonosis y derivara en una pandemia que ya ha dejado miles de muertos en todo el mundo, con los cadáveres amontonándose en los pasillos de los hospitales o enterrados en fosas comunes como en Nueva York, EE. UU., o pudriéndose en las calles como en Guayaquil, Ecuador. Y todo esto agravado por una crisis de subproducción de insumos básicos como mascarillas, gel antibacterial, respiradores, etc., que ha propiciado el contagio de miles de médicos y enfermeros, y los ha colocado ante la violencia de tener que elegir a quién asignar un respirador, viéndose obligados a dejar morir sin el tratamiento adecuado a los ancianos -muchos de ellos trabajadores que aportaron toda su vida a los sistemas de seguridad social y ahora, cuando les corresponde hacer uso de los mismos, se les expropia el derecho a disfrutar de ellos- o a quienes se los considerase parte de la población de mayor riesgo, como ocurre en España e Italia.

Estamos pagando las derrotas de la clase obrera mundial y de los mil y un intentos del proletariado

internacional de tomar el poder: cientos de revoluciones a lo largo del siglo XX y principios del siglo XXI derrotadas por las traiciones de las direcciones reformistas. En una sociedad socialista, con su economía planificada, una distribución equilibrada de las viviendas, la superación de la oposición entre la ciudad y el campo, una explotación racional de la naturaleza, una población de productores bien alimentados y con defensas fuertes, con alto nivel cultural basado en lo más desarrollado del conocimiento científico, sistemas de salud y educación sólidos y las fuerzas productivas más avanzadas puestas al servicio de las necesidades de la sociedad, con su enorme cantidad de recursos; para esa sociedad el COVID 19 jamás podría representar un desafío. Así, un virus que con una organización racional de la sociedad no hubiera causado ningún problema al ser humano, se ha transformado en una catástrofe incontrolada y una verdadera matanza de miles de explotados y oprimidos en todo el mundo. Mientras, los ricos, esos parásitos que generaron las condiciones para esta barbarie capitalista, realizan sus cuarentenas en sus yates, sus casas de veraneo o sus mansiones, donde no tienen que preocuparse por la falta de víveres e insumos, demostrándose una vez más que en este sistema, las catástrofes naturales y económicas, si no las paga la burguesía con la revolución proletaria, la pagan siempre los explotados sumergiéndose en la peor de las barbaries.

3. LOS GOBIERNOS RESPONDEN A LA CRISIS SALVANDO A LOS CAPITALISTAS Y DESCARGÁNDOLA SOBRE LOS EXPLOTADOS

La burguesía, ante la crisis económica, ha respondido salvando a los parásitos del capital financiero y descargándola sobre los explotados. El imperialismo yanqui venía comprando a través de la FED (Sistema de Reserva Federal, banco central de EE. UU.) bonos del tesoro e inyectando desde fines de 2019 millones de dólares en el mercado de repos para impedir que se disparasen los tipos de interés y los bancos que carecían de liquidez entraran en una bancarrota. El mercado de repos está al servicio de los banqueros,

quienes se prestan entre sí dinero líquido a corto plazo para falsificar sus balances y cumplir con las imposiciones legales. La subida de los tipos de interés a niveles históricos era señal de que los bancos ya no tenían dinero que prestarse y que sus arcas estaban vacías. La FED intervino imprimiendo dinero y bombeando al mercado de repos miles de millones de dólares diarios durante meses para evitar que los tipos de interés se disparasen y comenzara una seguidilla de quiebras bancarias. Para octubre ya había



bombeado U\$S1,061 billones.

Esto no hizo más que patear la crisis hacia adelante. Sin embargo, con la expansión de la pandemia fuera de China y la desaceleración económica, la crisis se hizo incontenible y la burguesía ya no pudo impedir un nuevo golpe del *crack*. La burguesía yanqui respondió al mismo bajando las tasas de interés al cero por ciento, y con la FED inyectando 700.000 millones de dólares, comprando bonos del tesoro y bonos de deuda basura, incluso comprando bonos de deuda emitidas por las mismas empresas. Posteriormente con un gigantesco estímulo fiscal por dos billones de dólares, que incluye exenciones de impuestos y subvenciones para las transnacionales, cheques por 1200 dólares para más de cien millones de ciudadanos -una medida de contención para hacer pasar el ataque sobre los explotados y que aceptaran la salvación de los parásitos de Wall Street- que se suman a los 300.000 millones de dólares en créditos a tasas cero para las empresas en bancarrota.

Alemania impulsó, a su vez, un plan de salvataje de 822.000 millones de euros, de los cuales 400.000 se destinaron a la nacionalización parcial de empresas para evitar su bancarrota. Una vez más los Estados y capitalistas nacionalizando las pérdidas y privatizando las ganancias. Medidas similares se impulsaron en el resto de los países de la UE y Japón. Mientras, el Banco Central Europeo anunció, entre otras medidas, un nuevo programa de refinanciamientos llamado PELTRO, donde los bancos pueden pedir préstamos con intereses un 0,25 % negativos.

Mientras, aprovechando la pandemia a su favor, y con la complicidad de las direcciones traidoras, comenzaron a descargar la crisis sobre las masas con despidos de millones de trabajadores, flexibilizando

a la fuerza de trabajo y con una enorme carestía de la vida que amenaza con dejar en la peor de las miserias a millones de explotados en todo el mundo. Sólo en EE. UU., para los primeros días de mayo, se habían perdido en siete semanas 33 millones de empleos formales, es decir, casi uno de cada cinco trabajadores había perdido su puesto de trabajo. A esta suma hay que agregar millones de la economía informal, como los trabajadores migrantes, que no entran en las estadísticas. La OIT (Organización Internacional del Trabajo) prevé la pérdida del 10,5 % de horas de trabajo a nivel mundial, lo que equivale a 305 millones de empleos, si se toman en cuenta semanas de 48 horas. Según la misma fuente, la crisis afecta directamente al 76 % de los empleos informales. Además, la monetización de la deuda, es decir, la inyección de dinero fresco en las arcas de los bancos y las transnacionales a cambio de bonos del tesoro y de bonos de deuda basura, la pagan los explotados con inflación, ataques a la salud, a la educación, despidos, etc.

A la vez, bonapartizaron los regímenes declarando estados de emergencia y atacando las libertades democráticas, con la excusa de “la cuarentena”. Es que, como definiera Lenin, el imperialismo es reacción en toda la línea e impone los gobiernos y regímenes más antidemocráticos que puede. Mientras tanto, a medida que se desarrolla la pandemia, van colapsando uno a uno los sistemas de salud de todo el mundo, socavados por las políticas de ataque a la salud pública impulsadas por todos los gobiernos a nivel mundial. Los muertos a nivel mundial, según datos oficiales, superan los 300.000 -seguramente la cifra real es incalculablemente mayor- y el número sigue en aumento.

4. CON EL INICIO DE LA CRISIS SE PONE EN CUESTIÓN EL EQUILIBRIO CAPITALISTA

Trotsky define al equilibrio capitalista de la siguiente manera:

El equilibrio capitalista es un fenómeno complicado; el régimen capitalista construye ese equilibrio, lo rompe, lo reconstruye y lo rompe otra vez, ensanchando, de paso, los límites de su dominio. En la

esfera económica, estas constantes rupturas y restauraciones del equilibrio toman la forma de crisis y booms. En la esfera de las relaciones entre clases, la ruptura del equilibrio consiste en huelgas, en *lock-outs*, en lucha revolucionaria. En la esfera de las relaciones entre los estados,



la ruptura del equilibrio es la guerra, o bien, más solapadamente, la guerra de las tarifas aduaneras, la guerra económica o bloqueo. El capitalismo posee entonces un equilibrio dinámico, el cual está siempre en proceso de ruptura o restauración. Al mismo tiempo, semejante equilibrio posee gran fuerza de resistencia: la prueba mejor que tenemos de ella es que aún existe el mundo capitalista (León Trotsky, *La*

situación mundial, junio de 1921).

La crisis capitalista actual combina tres aspectos y cada uno de ellos actúa de una manera distinta sobre el equilibrio capitalista: nos referimos a la crisis de sobreproducción en el marco de un mundo ya repartido entre las potencias, la subproducción de elementos de sanidad para enfrentar la pandemia y la crisis sanitaria producto de la desinversión de los Estados burgueses en la salud y educación públicas.



Saqueos en el sur de Italia.

Como afirmamos más arriba, la crisis capitalista venía siendo pateada para adelante. Sin embargo, la burguesía venía ya lanzando sus ataques al nivel de vida de las masas, con reformas fiscales, laborales, previsionales, etc. Estos ataques habían generado toda una serie de respuestas de las masas que ponían en pie focos de combates revolucionarios como en Francia, Chile, Colombia, Haití, Honduras, Irak, Irán, Hong Kong, Líbano, Argelia, entre muchos otros. La pandemia actuó desorganizando estos combates, haciendo que retrocedieran coyunturalmente; y la burguesía, con la colaboración de las direcciones traidoras, mediante una ofensiva sobre las libertades democráticas y la bonapartización de los regímenes, logró sacar

en lo inmediato a las masas de escena. Aun así, los combates no fueron aplastados, sino desviados y contenidos. A la vez, la crisis económica prepara en lo inmediato nuevos saltos en la lucha de clases y nuevas rupturas del punto de equilibrio ultra precario entre las clases conquistado por la burguesía en la actualidad. Inclusive, cientos de conflictos estallan en el mundo, de Argentina a España, de Italia a México y EE. UU., de sublevaciones de obreros que son obligados a trabajar en condiciones de insalubridad, incluso en ramas de producción que los mismos gobiernos no consideran esenciales, luchando por condiciones de trabajo salubres y cuarentenas pagadas. Es de esperar que cuando la pandemia esté controlada -o



quizás antes, si ésta se mantiene durante un tiempo prolongado-, y las masas quieran volver a sus trabajos, se encuentren con que, en las condiciones de crisis económica, el capitalismo es incapaz de restablecerles sus puestos, generando las condiciones para nuevos choques superiores entre las clases. Es que lo que se ha puesto en juego nuevamente es qué clase paga la bancarrota capitalista, si la burguesía con la revolución proletaria o el proletariado con pérdidas de empleo, de conquistas, carestía de la vida, fascismo, guerras, etc.

Por otro lado, la crisis sanitaria ha generado un enorme negocio especulativo sobre la base de una crisis de subproducción de materiales e insumos para enfrentar la pandemia. Esto ha generado que, a las guerras comerciales que se venían desarrollando antes del estallido de la crisis actual, se sume la lucha entre los Estados y gobiernos por los materiales e insumos. Así, vimos a Francia confiscar 4.000.000 de mascarillas destinadas a España e Italia -países miembros y socios de la UE- que eran enviadas a través de su territorio, aunque luego de las quejas de sus socios liberó 1.000.000 para cada uno quedándose sólo con 2.000.000. Además, un pedido de 6.000.000 de mascarillas de Alemania desapareció de un aeropuerto de Kenia. También el ministro del interior de Berlín acusó a EE. UU. de “piratería moderna” y de incautar 200.000 mascarillas confiscadas en Tailandia. Francia acusó a EE. UU. de desviar mascarillas chinas ofreciendo más dinero por ellas justo antes de que fueran embarcadas, y en Miami un cargamento de 600 respiradores chinos destinado a Brasil fue bloqueado justo antes del embarque y vendido a compradores locales. Incluso se dan luchas entre los distintos estados de los EE. UU. por ventiladores y respiradores, y entre estos con el Estado Federal, generando que se disparen sus precios. Así, la crisis de subproducción de insumos y materiales sanitarios, un fabuloso negocio para los especuladores, pone en cuestión el equilibrio entre los Estados y a la orden del día los actos de rapiña, agudizando las disputas interburguesas e interimperialistas.

Pero si la crisis de subproducción de insumos y materiales sanitarios pone en cuestión el equilibrio entre los Estados que se los arrancan a dentelladas, la crisis de sobreproducción, en el marco de un mercado mundial ya repartido que se achica, no puede menos

que agudizar las guerras comerciales y la lucha por los mercados y las zonas de influencia. Como dice Lenin, el monopolio no liquida la competencia, sino que la pone de rodillas. “*America first!*” dijo Trump, y desde el momento en que se estaba desacelerando la economía en 2018, largó sus guerras comerciales y de aranceles para moldear la división mundial del trabajo según las necesidades de sus transnacionales. Es que, en condiciones de crisis, EE. UU. hace pesar mucho más su condición de potencia dominante, que en los momentos de ascenso. Con sus guerras arancelarias a China mandó a la bancarrota a un tendal de empresas estatales o privadas, de las cuales algunas fueron salvadas por el Estado chino. También le impuso a la burguesía del PCCH que abriera su economía y sus bancos a la inversión de las transnacionales imperialistas, que a partir de estas reformas podrán empezar a adquirir arriba del 50 % de las acciones y que ya se frotan las manos por quedarse con el botín. Además, le impuso sanciones a la burguesía norcoreana para arrodillarla. En América del Norte impuso la renegociación del TLC a México y a Canadá. Mientras, sostiene su contraofensiva en su patio trasero con la Ley Helms-Burton, con la cual les disputa a los imperialismos canadiense, francés, español y demás, los negocios de la restauración capitalista en Cuba. Impuso un golpe fascista en Bolivia para golpear sobre la Revolución Latinoamericana y quedarse con las privatizaciones de los recursos naturales y el litio. Intentó imponer varias veces un golpe en Venezuela, le puso precio a la cabeza de Maduro y cercó a esa nación con su flota militar y la colaboración de 22 ejércitos gurkas buscando quedarse con el petróleo y los recursos naturales a la vez que confiscó los activos venezolanos en el exterior. Mientras, la UE intenta colarse en el patio trasero yanqui con acuerdos comerciales como el que se acaba de ratificar con México o el que impulsan en el MERCOSUR. En Medio Oriente, EE. UU. ocupó los pozos petroleros sirios, saqueándolos. Asesinó al comandante de la Fuerza Quds iraní Qasem Soleimani para forzar a la burguesía iraní a sentarse a negociar a la vez que le imponía sanciones económicas. En Europa impuso sanciones comerciales a la UE y puso en cuestión el proyecto del Nord Stream II, el cual le permite a Alemania, en sociedad con la oligarquía gran rusa representada por Putin, saquear el gas ruso



a través de un nuevo gasoducto que conecta a Rusia directamente con Alemania a través del Mar Báltico, dejando afuera del negocio a Ucrania y al gobierno de Kiev, agente de los yanquis, perdiendo Ucrania su importancia internacional como país de tránsito y dejando afuera del negocio a los EE. UU., que viene proveyendo de gas licuado a la UE a precios mucho más elevados. Alemania ya definió que el proyecto se llevará adelante.

Pero las disputas comerciales y la lucha por los mercados no se limitan a la iniciativa de EE. UU. El racionamiento del mercado mundial impuesto por EE. UU. a la UE hace que ésta empiece a crujir por todos lados, generando tendencias nacionalistas al interior de los Estados y una fuerza centrífuga que amenaza con hacerla estallar por doquier. El Brexit, con la salida de la unión de la que era hasta ese momento la segunda economía más importante de la misma es un claro ejemplo. Pero las disputas no se agotan allí. Italia y Alemania acusaron a Francia de colonialista por

su política de saqueo de África a través del Franco CFA. Francia, que viene de firmar con Alemania el Tratado de Aquisgrán -un acuerdo de colaboración política y militar- respondió con el ECO (denominación de la nueva moneda, continuidad del Franco CFA), extendiendo su zona de influencia a todo el mercado de CEDEAO (Comunidad Económica de Estados de África Occidental), pero incorporando a Alemania al negocio. Así, se empiezan a definir dos incipientes ejes imperialistas en lucha por los mercados y las zonas de influencia a nivel mundial. Por un lado, el encabezado por EE. UU., con imperialismos vasallos como Japón, Canadá, Inglaterra, Australia, etc. Y por otro, el eje franco-alemán, que busca mantener a la Unión Europea como su espacio vital y evitar que España, Italia, Grecia, etc., se vayan detrás del imperialismo dominante. En el próximo período veremos, indudablemente, nuevos “brexits” y nuevas fuerzas centrífugas poner en cuestión a la reaccionaria Unión Europea de Maastricht.



Líderes del G7 (Grupo de los siete) en la cumbre de Quebec, Canadá, junio de 2018.

Esto no significa que no haya intereses contrapuestos entre los imperialismos que, en principio, parecen alineados; por ejemplo, China es un terreno en disputa entre EE. UU. y Japón. En esa lucha se ha inmiscuido el eje franco-alemán, no sólo con las

inversiones de sus transnacionales, sino con la nueva “ruta de la seda”, el proyecto chino de infraestructuras y rutas marítimas, terrestres y ferroviarias que le permite ubicarse ante las transnacionales imperialistas como una receptora de inversiones que les permitiría



exportar sus mercancías al resto de Asia, a África, y Europa, a través de las nuevas rutas, aumentando de esa forma la productividad del trabajo y abaratanando, por eso mismo, las mercancías, a la vez que les da acceso a través de las mismas rutas a su jugoso mercado interno de 400 millones de consumidores de clase media. El eje franco-alemán encabezando a la UE, aprovechando las brechas abiertas entre EE. UU. y Japón por el control de China, con la nueva ruta de la seda se posiciona así en su ofensiva por la colonización de China.

A la vez, la lucha por Rusia se agudiza. Ya Trump ha definido una política de cerco militar de Rusia a través de la OTAN, sus bases militares y escudos antimisilísticos regados por los estados del este de Europa y las bases militares instaladas en Japón para cercar a Rusia desde el lejano oriente. A esto deben sumarse las sanciones económicas y políticas impuestas en 2014 por atreverse a tomar Crimea sin el permiso de sus amos, lo que le valió una recesión que continúa hasta el día de hoy. A la vez, el imperialismo yanqui es uno de los mayores inversores en la Rusia de Putin, buscando posicionar a sus transnacionales en la ofensiva colonialista. La crisis acelera la carrera de velocidad para definir qué potencia o bloque de potencias se quedan con el negocio de la recolonización de Rusia. Alemania y Francia, a la vez que se quedan con un pie dentro de la OTAN y aplicaron también sanciones en 2014, responden a la política agresiva de EE. UU. con una política de *New Deal*, o “buen vecino”, asociando a la burguesía rusa en el saqueo de sus recursos naturales. Por eso Macron sostuvo en la cumbre del G7 de Biarritz, en agosto de 2019, que hay que normalizar las relaciones con Rusia y en noviembre del mismo año, en una reunión le dijo al Secretario General de la OTAN, Jens Stoltenberg: “el enemigo no es Rusia ni China, sino el terrorismo”.

No se puede descartar que, si la burguesía logra controlar la pandemia, logre en lo inmediato reconquistar un muy precario punto de equilibrio capitalista, sobre la base de una muy breve y endeble recuperación de la economía. Este escenario podría combinar las luchas de un sector del proletariado por

la redistribución de la riqueza con las luchas de sectores de las masas por no cargar con los costos de la crisis y podría generar una situación revolucionaria.

Sin embargo, el escenario más probable es el de una agudización inmediata de los choques entre las clases y un salto en las disputas interburguesas. La crisis pone nuevamente a la orden del día la lucha entre revolución y contrarrevolución a nivel internacional. Los imperialismos se encuentran actualmente en una verdadera carrera de velocidad para ver cuál descarga más y primero la crisis sobre su propio proletariado y cuál se posiciona mejor de esa manera para las disputas interimperialistas. En este sentido, la ofensiva de EE. UU. intentando racionar el mercado de Europa se transforma en un factor revolucionario, puesto que obliga a la burguesía europea a chocar de frente con su propia clase obrera, y también con sus propias colonias y semicolonias. En ese marco, las burguesías nativas intentan apoyarse en las brechas interimperialistas para defender su tajada. Así lo vemos con Maduro, por ejemplo, coqueteanando con la ENI italiana y la REPSOL española para privatizar PDVSA y negociar desde esa ubicación con el gobierno yanqui. La crisis prepara entonces un salto en las guerras comerciales, las luchas por las zonas de influencia, las fuentes de materias primas, etc. También apresta nuevos estallidos de los mercados regionales -como ya está sucediendo con el Mercosur-, nuevas crisis de las instituciones de dominio internacional del imperialismo, inclusive nuevas guerras colonialistas de ocupación y, si no lo impide la revolución proletaria, nuevas guerras interimperialistas. Macron y Merkel afirmando la necesidad de una OTAN puramente europea -que con la enorme inversión militar que supone, sería una manera de desarrollar una tendencia contrarrestante a la caída de la tasa de ganancia, que les permitiría salir de la recesión-, preanuncian, de llevarse a cabo, la pérdida del mercado europeo de armas para EE. UU. y, sin dudas, una nueva carrera armamentística entre EE. UU. y el eje franco-alemán que pondría a la orden del día una nueva guerra por el reparto del mundo.



5. CÓMO SALIÓ EL IMPERIALISMO DE LA CRISIS DE 2008

El *crack* del 2008 señaló el inicio de un nuevo período histórico revolucionario, determinado por la bancarrota capitalista en un mundo ya repartido entre las grandes potencias imperialistas. Un período revolucionario no significa que el proletariado puede pretender tomar el poder en cualquier momento, sino que lo que lo caracteriza es la falta de estabilidad del punto de equilibrio capitalista, los cambios bruscos de la situación. Al respecto sostiene Trotsky:

El carácter revolucionario de la época no consiste en que permite realizar la revolución, es decir, apoderarse del poder a cada momento, sino en sus profundas y bruscas oscilaciones, en sus transiciones frecuentes y brutales que la hacen pasar de una situación directamente revolucionaria, en que el partido comunista puede pretender arrancar el poder, a la victoria de la contrarrevolución fascista o semifascista, de esta última al régimen provisional del justo medio (bloque de las izquierdas en Francia, entrada de la socialdemocracia en la coalición en Alemania, advenimiento al poder del partido de Mac Donald en Inglaterra, etc.) para hacer de nuevo, más tarde, las contradicciones cortantes como una navaja de afeitar y plantear claramente el problema del poder (León Trotsky, *Stalin, el Gran Organizador de Derrotas, La Internacional Comunista después de Lenin*, 1929).

En el período revolucionario iniciado en 2008 se agudizan las condiciones de crisis, guerras y revoluciones que caracterizan a toda la época imperialista. De las últimas crisis el imperialismo había salido avanzando en la restauración capitalista de los ex estados obreros, es decir, ganando para el mercado mundial las economías de los estados del este de Europa, Rusia, China, Vietnam, etc. La restauración capitalista fue, tal cual lo definiera Trotsky, una inyección de sangre fresca en las venas escleróticas del sistema imperialista decadente y putrefacto. También salió con guerras como Afganistán e Irak. Para 2008 las economías de la mayoría de los ex estados obreros ya

habían sido absorbidas por la división mundial del trabajo como colonias y semicolonias de tal o cual imperialismo.

Además, la clase obrera norteamericana venía enfrentando al gobierno odiado de Bush y ya no le permitía una nueva aventura militar. Entre la heroica resistencia iraquí y el combate del proletariado norteamericano se había desarrollado un “escenario Vietnam” que había dejado en grave crisis al estado mayor del imperialismo yanqui. El triunfo de Obama, al que el reformismo presentaba como “la expresión de las luchas contra Bush” -ocultando que en realidad se trataba de la expropiación burguesa de sus combates-, le permitió al imperialismo dominante recomponer su estado mayor y relegitimar al régimen de los republicratas. A partir del año 2009 comenzó la recuperación económica del imperialismo yanqui, iniciando ese año el ciclo de crecimiento más extenso de su historia, aunque a tasas relativamente bajas. Sin embargo, como es la norma en este sistema decadente, se trató de un ciclo ficticio, basado en la especulación y en la creación de fuerzas destructivas.



Obama y Raúl Castro.

Es a partir de allí que el imperialismo yanqui, fortalecido por las traiciones del reformismo, comenzó a lanzar su contraofensiva. Cuanto más derrotaba a las masas del mundo colonial y semicolonial, más fuerte estuvo para atacar el nivel de vida de millones de explotados al interior de los EE. UU. con carestía de la vida, despidos, rebajas salariales, impuestazos, etc. Esto le permitió fortalecerse para vencer en las disputas con las demás potencias dejando a países imperialistas como Grecia, Italia y Japón en recesión o



con bajísimos índices de crecimiento. Así, Grecia, un país imperialista lacayo de Alemania y de EE. UU., de 2008 a 2018 perdió un 23,6% de su PBI. Italia, la tercera economía más importante de la eurozona, sólo por detrás de Alemania y Francia, viene sosteniendo el mismo PBI per cápita desde 1998 y entró este año en su cuarta recesión desde 2008. Francia viene creciendo desde ese mismo año a un promedio de sólo un 0,9% anual. Y España, por su parte, inició una recuperación económica a partir del año 2014, llegando a recuperar hacia mediados de 2018 valores semejantes a los de antes de la crisis del 2007/08. Sin embargo, este crecimiento estaba basado en especulación, como lo indica el hecho de que el nivel de empleo sólo se recuperó hasta mediados de 2018 en un 51%. Por su parte, Japón ha crecido desde 2008 hasta 2018 un promedio anual de 0,5%.

Para llevar adelante su contraofensiva, Obama se apoyó en pactos contrarrevolucionarios con sus agentes: el de Chávez-Uribe de entrega de la resistencia colombiana, el de Obama-Castro para entregar Cuba a Wall Street, el pacto nuclear para disciplinar a la burguesía iraní, los acuerdos de Ginebra, Astaná y Sochi para aplastar a la Revolución Siria, y los acuerdos de Minsk para rendir a las milicias de Dombás en Ucrania, entre otros. Estos pactos contrarrevolucionarios sólo pudieron llevarse adelante por las traiciones de las burocracias y aristocracias obreras y las direcciones de la izquierda reformista. Así, ante las respuestas revolucionarias de la clase obrera a nivel internacional, fueron estas direcciones las encargadas de traicionar dichos combates, generando las condiciones para que las masas sufrieran duras derrotas. En América Latina sostuvieron la farsa de la “Revolución” Bolivariana, desviando los combates del proletariado latinoamericano. En África subsahariana sostuvieron a los gobiernos de frente popular y su política de “panafricanismo”. En EE. UU. se dedicaron a “presionar” a Obama y al Partido Demócrata y luego se arrodillaron ante Sanders. En Europa sostuvieron a la “Nueva Izquierda” de

Syriza, Podemos y al ala izquierda del Partido Laborista encabezada por Jeremy Corbyn, mientras las burocracias sindicales socialdemócratas y estalinistas transformaban las huelgas generales del proletariado europeo en luchas económicas de presión para que la burguesía “morigerara” los ajustes. En la guerra civil ucraniana sostuvieron la insurrección fascista de Maidán o presentaron a Putin, el verdugo de las masas de Eurasia, como un aliado de los obreros del Dombás. Todos colaboraron en la derrota de las revoluciones del Norte de África y Medio Oriente, impulsando y sosteniendo los desvíos parlamentarios que prepararon el camino a nuevos golpes bonapartistas, o sostuvieron abiertamente la contrarrevolución calumniando a las milicias obreras de Libia y de Siria de ser terroristas o armadas por la CIA y la OTAN. En Asia apoyan al PCCH, al que presentan como un aliado de los pueblos del mundo para luchar por un “mundo multipolar”.

Todo este rejunte de direcciones socialdemócratas, estalinistas, zapatistas, anarquistas y de renegados del trotskismo, defensoras de las políticas de “programa mínimo y máximo”, de “presión” sobre las instituciones burguesas, de “revolución por etapas”, son las que, con sus traiciones, le permitieron al imperialismo descargar la crisis sobre las masas y avanzar en conquistar un punto de equilibrio capitalista precario y un nuevo ciclo de crecimiento. En esta época imperialista de decadencia de las fuerzas productivas, la explicación de las recuperaciones económicas no hay que buscarlas en las leyes automáticas de la economía capitalista, sino en las leyes de la lucha de clases. Sólo descargando la crisis sobre las masas, el imperialismo podrá avanzar en crear un nuevo ciclo de expansión que, sin duda, estará basado en el desarrollo de más parasitismo, de fuerzas destructivas, y en un nuevo salto en la barbarie y la decadencia. Socialismo o barbarie, revolución proletaria o fascismo, son las alternativas históricas que, con el estallido del *crack*, son cada vez más una realidad inmediata.



6. LA VIGENCIA DE LA TEORÍA DEL IMPERIALISMO DE LENIN EL IMPERIALISMO SE SOSTIENE REPRODUCIENDO EL PARASITISMO NUEVAS BURBUJAS PREPARAN LA PROFUNDIZACIÓN DE LA BANCARROTA

Lenin define al imperialismo de la siguiente manera:

Hay que empezar por definir, del modo más exacto y completo posible, qué es el imperialismo. El imperialismo es una fase histórica especial del capitalismo. Su carácter específico tiene tres peculiaridades: el imperialismo es 1) capitalismo monopolista; 2) capitalismo parasitario o en descomposición; 3) capitalismo agonizante. La sustitución de la libre competencia por el monopolio es el rasgo económico fundamental, la esencia del imperialismo. El monopolismo se manifiesta en cinco formas principales: 1) cártels, sindicatos y trusts; la concentración de la producción ha alcanzado el grado que da origen a estas asociaciones monopolistas de los capitalistas; 2) situación monopolista de los grandes Bancos: de tres a cinco Bancos gigantes manejan toda la vida económica de los EE.UU., de Francia y de Alemania; 3) apropiación de las fuentes de materias primas por los trusts y la oligarquía financiera (el capital financiero es el capital industrial monopolista fundido con el capital bancario); 4) se ha iniciado el reparto (económico) del mundo entre los cártels internacionales. ¡Son ya más de cien los cártels internacionales que dominan todo el mercado mundial y se lo reparten “amigablemente”, hasta que la guerra lo redistribuya! La exportación del capital, como fenómeno particularmente característico a diferencia de la exportación de mercancías bajo el capitalismo no monopolista, guarda estre-

cha relación con el reparto económico y político-territorial del mundo. 5) Ha terminado el reparto territorial del mundo (de las colonias) (Lenin, *El imperialismo y la escisión del socialismo*, 1916).

Contra todas las teorías revisionistas que hablan de una “etapa neoliberal” del capitalismo, en la cual estaría planteada para el proletariado la lucha contra el neoliberalismo en alianza con las burguesías anti-neoliberales, los trotskistas sostenemos que la teoría del imperialismo de Lenin mantiene plena vigencia y que la descomposición del capitalismo plantea la necesidad inmediata de luchar por la revolución socialista. Afirmamos que los rasgos del imperialismo descritos por Lenin en la cita que reproducimos arriba son los mismos que definen al capitalismo en la actualidad. Que un puñado de monopolios con un puñado de bancos fusionados con ellos, el 1 % de la humanidad, que se concentran en unas pocas manzanas de Wall Street, la City de Londres, París, Berlín y Tokio, ya concentran más del 50 % de la riqueza mundial. Un puñado de naciones avanzadas dominan a la vez a la inmensa mayoría de naciones oprimidas del mundo colonial y semicolonial, en un planeta cuyos territorios ya está repartidos. Estos países avanzados concentran el capital financiero -fusión del capital monopolista industrial y bancario- que han desarrollado a grados gigantes el parasitismo, es decir, el sector rentista, cuyo rasgo característico es la separación respecto a la producción, la exportación de capital y la explotación del trabajo de varios países coloniales y semicoloniales.

Otro de los rasgos fundamentales del imperialismo es la descomposición. La ley económica que rige todo el desarrollo histórico de la humanidad es la de la productividad del trabajo. Esa ley impulsa al ser humano a arrancar a la naturaleza la mayor



cantidad posible de riquezas, utilizando la menor cantidad posible de fuerza de trabajo. Esta ley, en el capitalismo, se expresa como competencia entre los diferentes capitalistas individuales. Esta competencia obliga a los capitalistas individuales a desarrollar la productividad del trabajo, incorporando maquinaria de última tecnología en detrimento del trabajo vivo. Es así como el capitalismo de libre competencia del siglo XIX engendró el monopolio, y por eso mismo, la descomposición del capitalismo. La tendencia a incorporar maquinaria en detrimento de la cantidad de trabajadores desarrolla una tendencia a la caída de la tasa de ganancia de los capitalistas. Es decir, que cada vez deben invertir mayores cantidades de capital para recibir una ganancia proporcionalmente menor. La tendencia a la caída de la tasa de ganancia en la producción, consecuencia del aumento del capital constante -al que no se le extrae plusvalía- en detrimento del capital variable -fuerza de trabajo, única fuente creadora de valor y, por lo tanto, de plusvalía-, genera la necesidad de los monopolios de frenar artificialmente la aplicación de la última tecnología y los avances de la ciencia a la producción. La automatización, la robótica, la inteligencia artificial, etc., bajo este sistema decadente, se ponen al servicio de desarrollar fuerzas destructivas en lugar de ponerlas al servicio de desarrollar las fuerzas productivas, lo que serviría para liberar al hombre en gran medida del peso del trabajo. Es que la industria de guerra se ha transformado en un factor económico fundamental en la época imperialista, puesto que en la guerra se destruye la producción, generando un mercado casi ilimitado y generando, por eso mismo, una tendencia contrarrestante fundamental a la caída de la tasa de ganancia. Es por eso por lo que afirma la III Internacional:

El desarrollo normal del ciclo industrial fue interrumpido por la guerra, que se

convirtió en el más poderoso factor económico. La guerra creó para los sectores fundamentales de la industria un mercado casi ilimitado, totalmente a cubierto de toda competencia. Al gran comprador nunca le bastaba con lo que se le proporcionaba. La fabricación de los medios de producción se transformó en fabricación de los medios de destrucción. Los artículos de consumo personal eran adquiridos a precios cada vez más elevados por millones de individuos que no producían nada, que no hacían más que destruir. Este era el propio proceso de la destrucción. Pero, en virtud de las monstruosas contradicciones de la sociedad capitalista, esta ruina adoptó la forma del enriquecimiento. El Estado lanzaba empréstito tras empréstito, emisión tras emisión y los presupuestos que se calculaban en millones pasaron a calcularse en miles de millones. Se deterioraban las máquinas y las construcciones, y no se las remplazaba. La tierra era mal cultivada. Se paralizaban construcciones esenciales en las ciudades y en los ferrocarriles. Simultáneamente, el número de los valores de Estado, de los bonos de crédito y del Tesoro y de los fondos aumentaban sin cesar. El capital ficticio creció en la misma medida en que el capital productivo era destruido. El sistema de crédito, medio de circulación de las mercancías, se transformó en un medio de movilizar los bienes nacionales, incluso los que deberán ser creados por las futuras generaciones (III Congreso de la Internacional Comunista, *Tesis sobre la situación mundial y la tarea de la Internacional Comunista*, junio de 1921).



Lenin en el Primer Congreso de la III Internacional

En la época imperialista, la guerra se ha transformado en un factor de primer orden, como demostraremos más adelante. Pero primero debemos detenernos en una cuestión fundamental: que el capitalismo esté en su época decadente, de descomposición de las fuerzas productivas, ¿significa que es incapaz de crear nuevos ciclos de crecimiento? Al respecto sostiene Trotsky:

Lo que domina el carácter explosivo de la nueva época, la brusca alternancia de flujos y reflujos políticos, los espasmos continuos de lucha de clases entre el fascismo y el comunismo, es que, históricamente, el sistema capitalista mundial está

agotado; ya no es capaz de progresar *en bloque*. Esto no significa que ciertas ramas de la industria y ciertos países no crezcan o no crecerán más. Pero este desarrollo se realiza y se realizará en detrimento de otras ramas y de otros países. Los gastos de producción del sistema capitalista mundial devoran cada vez más sus beneficios (Trotsky, *Stalin, el Gran Organizador de Derrotas, La Internacional Comunista después de Lenin*, , 1929).

Las enormes fuerzas productivas conquistadas por el capitalismo, en contradicción con las estrechas fronteras de los Estados nacionales, no pueden

desarrollarse en bloque y sólo puede haber ciclos de desarrollo, en ciertas ramas, en ciertos países, en detrimento del resto de la economía mundial. Esta decadencia agudiza la competencia entre las grandes potencias y los monopolios, primero como guerras comerciales y luego como verdaderas insurrecciones de las fuerzas productivas contra las fronteras de los Estados nacionales, en guerras interimperialistas por el control de los mercados y las zonas de influencia.

Otra de las consecuencias de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia es la necesidad, por parte de los monopolios imperialistas, de buscar nuevas fuentes -desligadas del proceso de la producción-, de valorizar sus capitales. Así, ante la caída de la tasa de ganancia, los capitales huyen del proceso productivo para concentrarse en el desarrollo de valores ficticios, que no son el producto del trabajo humano, sino de la especulación, o sea, plusvalía que se espera arrancar al proletariado en el futuro. Así, los ciclos de crecimiento se basan, no en la producción de valores reales, sino en la especulación sobre valores ficticios, los cuales circulan como si se tratara de valores reales en la economía capitalista decadente y putrefacta.

La desaceleración económica de 2018 señalaba el momento en que en las ramas de la economía que fueron el motor del ciclo anterior, empezaba a decaer la tasa de ganancia. En la crisis de 2008 China jugó un rol fundamental como tendencia contrarrestante a la caída de la tasa de ganancia. Desde 2003, hasta 2007 China se había ubicado en la división mundial del trabajo como proveedora de mano de obra semi esclava para las transnacionales imperialistas que llevaban al país a hacer jugosos negocios relocalizando allí sus empresas. La enorme concentración de capitales hizo que se valorizara la fuerza de trabajo y que para 2007 muchas empresas empezaran a buscar nuevos lugares donde relocalizar sus maquilas, como México, Centroamérica, Bangladesh, India, Vietnam, etc. China, compitiendo con esos países para recibir inversiones del imperialismo, aprovechó a su favor la formación en esos años de una enorme clase media y aristocracia obrera que conformaron un mercado de alrededor de 400 millones de consumidores. Este mercado interno se transformó en una ventaja comparativa para que las transnacionales invirtieran en el país. Además, reubicaba a China en la división mundial del trabajo, ya no sólo como proveedora de

mano de obra semi esclava, sino como importadora de productos de consumo. El Estado chino bajó los tipos de interés para incentivar los préstamos y tomaron medidas de estímulo fiscal para favorecer a las transnacionales imperialistas. Además, inyectó en sus bancos 586.000 millones de dólares que fueron prestados con bajos intereses a sus clases medias y a su aristocracia obrera para desarrollar un ciclo ficticio de consumo, basado en el endeudamiento. Pero esta pequeñoburguesía no sólo se endeudaba para entrar al ciclo de consumo, sino que aprovechó los créditos baratos para apostar en la timba financiera. Que la bolsa cuente con el aporte de millones de pequeños inversores, significa que los grandes capitales imperialistas que las controlan pueden administrar el capital de millones de pequeños propietarios que son muy a menudo estafados por los magnates del capital financiero.

La mayor parte del dinero inyectado por el Estado fue a valorizarse a la bolsa y al mercado de los bienes raíces, desarrollándose una burbuja bursátil y una inmobiliaria en las principales ciudades como Shanghái, Beijín, Pekín y Shenzhen. En ese momento, los gobiernos locales aprovecharon los bajos tipos de interés para endeudarse e invertir en todo tipo de proyectos inviables destinados al fracaso, acrecentando la burbuja inmobiliaria. También se dedicaron a subsidiar todo tipo de empresas estatales deficitarias. Las empresas se endeudaban para evitar las quiebras y financiaban sus deudas adquiriendo nuevas deudas. Además, el Banco Popular de China obligó a sus instituciones financieras a reducir sus reservas obligatorias tres veces desde 2011 a 2014. También se crearon nuevas instituciones financieras paralelas a los bancos estatales, las cuales prestan el dinero de los bancos a tasas reducidas, sirviendo al objetivo de disfrazar y falsificar los balances de los bancos. Pues en sus balances, los préstamos aparecen como otro tipo de inversiones.

A mediados de 2015 cayeron las bolsas chinas, perdiendo alrededor del 30% de sus valores y evaporando 2,8 billones de dólares, y esfumándose de paso una gran parte de los ahorros de los pequeños inversores. Esto indicaba que la tasa de ganancia, a pesar de los bajos tipos de interés y de los estímulos fiscales, estaba cayendo y que la economía comenzaba a desacelerarse. Esto determinó la huida de millones



de ahorristas. El gobierno respondió inyectando el equivalente a 134.000 millones de euros para rescatar los mercados, también permitió a los fondos de pensiones invertir en la bolsa hasta el 30 % de sus activos, inyectando el fondo de pensiones público de China 150.000 millones de euros. Además, el gobierno devaluó el yuan haciendo más competitivas sus mercancías en el mercado mundial intentando recomponer en cierta medida la tasa de ganancia, pateando la crisis hacia adelante.

Sin embargo, todas estas medidas no han podido evitar que la economía siguiera desacelerándose y que, en 2018, en plena guerra comercial de EE. UU., quebraran unas 19.000 empresas privadas. Además, las bajas tasas de interés han alimentado durante años una burbuja inmobiliaria -con “ciudades fantasmas” o parcialmente pobladas y miles de viviendas, departamentos y oficinas invendibles- que venía amenazando con lanzar la economía a la recesión, en el marco de una enorme deuda incobrable que amenaza con mandar a la quiebra a toda la banca estatal china. En ese marco, la burguesía del PCCH ha lanzado una ofensiva privatizadora, pactando con EE. UU. la apertura de su economía para que las empresas imperialistas pudieran transformarse en accionistas mayoritarias de sus bancos y empresas estatales, con su corolario de reestructuraciones y despidos. Esto provocará sin dudas nuevos choques entre la burguesía entreguista china y los batallones más concentrados del proletariado. El coronavirus no mandó a la recesión a una economía vigorosa que pudiera hacer de locomotora de la economía mundial, sino que aceleró una crisis que estaba en ciernes y que, como ya demostramos, venía siendo postergada por los préstamos a bajas tasas de interés, los estímulos fiscales, la inyección de millones de dólares en las bolsas por parte del Estado, desarrollando así una burbuja bursátil y una burbuja inmobiliaria que amenaza con profundizar la recesión en la que actualmente está sumergida, con la contracción de un 9,8 % de su economía en el primer trimestre de 2020.

Pero si la burbuja inmobiliaria china es un peligro latente, un informe reciente del banco suizo UBS señala como los mayores peligros de burbujas inmobiliarias a las ciudades de Múnich, Toronto, Hong Kong, Ámsterdam, Frankfurt, Vancouver y París.

Sin embargo, uno de los negocios donde más se

pone en evidencia el carácter parasitario de la economía capitalista en su época imperialista es el Bitcoin y las criptomonedas similares, que actúan como un “refugio” donde se concentran los capitales con la esperanza de que el valor de la “moneda” en cuestión aumente. En 2017 la moneda virtual se había cotizado a valores cercanos a los U\$20.000, un año después cotizaba a U\$3.850 y su capitalización pasaba de 300.000 millones de dólares a 67.000 millones. Es decir que en 2018 la criptomoneda perdió el 80 % de su valor. Esas cotizaciones no tienen ninguna relación con la cantidad de trabajo social que se necesita para producir -*minar*- un bitcoin. Un bitcoin tiene un valor de uso -es decir, sirve para especular- y un valor de cambio, determinado por la cantidad de trabajo socialmente necesario para producirlo. Sin embargo, las oscilaciones de su precio están dadas por la especulación financiera. En el minado de un bitcoin se movilizan valores reales -fuerza de trabajo, edificios, computadoras, energía, etc.- y se ponen al servicio de la creación de valores ficticios. Si el valor de uso de un bitcoin es ser objeto de especulación, entonces estamos ante una cantidad de trabajo invertido en su creación que es inútil, trabajo derrochado, una gran cantidad de trabajo humano y de recursos materiales que son necesarios para la producción de esos valores ficticios. Actualmente su cotización ronda los U\$7.588 con una leve tendencia al alza, lo que señala que estamos ante el desarrollo de una nueva burbuja.

Pero si la economía china funcionó como una tendencia contrarrestante a la crisis -primero como proveedora de mano de obra semi esclava y luego sobre la base del desarrollo de burbujas bursátiles, inmobiliarias y de un ciclo de consumo basado en el endeudamiento- y si el bitcoin y las criptomonedas funcionan como un pequeño mercado especulativo, la economía estadounidense es un verdadero centro mundial del parasitismo, a decir de Lenin, elevado al cuadrado. El presupuesto militar de EE. UU. es de 738 mil millones de dólares. Estamos ante un gasto militar superior al PBI de países enteros como Polonia. Ese gasto se sostiene sobre la base de un déficit del presupuesto estatal de 1,02 billones de dólares, y ya se calcula que este año podría triplicarse hasta alcanzar los 3,7 billones. Desde hace décadas la economía norteamericana tiene uno de sus pilares fundamentales en el desarrollo de fuerzas destruc-

tivas. Además de la guerra de Afganistán y de sus fuerzas desplegadas en Irak y Siria, cuenta en el mundo con más de 800 bases militares desplegadas en más de 40 países. Además, Trump ordenó la creación de una rama del Ejército dedicada al espacio “que garantice el dominio estadounidense del cosmos” que recibirá también decenas de millones de dólares de financiamiento. También se prevé la modernización de su arsenal atómico. Toda esa enorme inversión en fuerzas destructivas tiene como fin el desarrollo de su complejo industrial militar: un verdadero keynesianismo militar que resulta fundamental para sostener los ciclos de desarrollo de su economía. Los valores que se movilizan para el desarrollo de la industria militar están al servicio de la destrucción y son factibles de ser destruidos. Sin embargo, el Estado se ha endeudado en billones de dólares en forma de bonos del tesoro para producirlos. Para recuperar su inversión y poder honrar sus deudas, EE. UU. debe arrancar esos billones de dólares al proletariado internacional, a sus colonias y semicolonias y a las demás potencias imperialistas.

Pero el parasitismo de EE. UU. no se agota allí. Los grandes magnates del capital financiero norteamericano, esos parásitos que desde Wall Street controlan la economía mundial, han puesto a valorizar sus capitales en nuevas burbujas financieras que nada tienen que envidiar a la de las hipotecas sub prime que estalló en 2008. Por ejemplo, la deuda estudiantil es la segunda deuda privada más importante, después de las hipotecas de vivienda, y la más rápida en crecer. En 2019 la deuda acumulada se aproximaba a los dos billones, superando el PIB de países enteros como Italia o España. En los últimos años se ha visto un aumento creciente de los impagos, debido a la precarización de los trabajos y la congelación de los salarios. Actualmente 8 millones de personas se encuentran en situación de impago. Las familias trabajadoras se ven imposibilitadas de cumplir con los compromisos adquiridos. Actualmente una cuarta parte de la población adulta tiene una deuda estudiantil y casi la mitad de los estudiantes universitarios están endeudados. En 2019 la deuda promedio era de 37.000 dólares, esto se debe a que en las últimas tres décadas las matrículas aumentaron un 1100%. Un estudiante endeudado empieza a pagar entre seis y nueve meses después de haberse graduado, pero, aunque se consi-

ga un aplazamiento en los pagos, los intereses siguen subiendo.

Si las deudas estudiantiles, con el estallido del *crack*, amenazan con desatar una oleada de impagos, las empresas petroleras representan una amenaza inmediata mucho mayor. La desaceleración de la economía mundial provocó una crisis de sobreproducción que tiró a la baja los precios del petróleo. Esto generó una guerra comercial entre Rusia y Arabia Saudita que llevó a que esta última aumentara su producción presionando aún más a la baja los precios. Incluso los precios han llegado a cotizarse en terreno negativo, algo inédito en la historia. Es que la sobreproducción ha alcanzado tales proporciones, que empiezan a agotarse los centros de almacenamiento y los productores les pagan a los compradores para que se lleven el crudo. Hacia fines de abril, el barril había perdido un 80% de su valor en EE. UU. y un 70% en Europa, generando que las acciones de las petroleras estén cayendo. Sin embargo, con la desaceleración económica se puso en evidencia que la tasa de ganancia venía decayendo desde hace rato. No es casualidad que la familia Rockefeller vendiera en 2014 todos sus activos petroleros para “reinvertirlos en energías limpias”. Las que más están sufriendo con la baja de los precios del petróleo son las empresas norteamericanas dedicadas al *fracking*, que son las que tienen mayores costos de producción y sólo son rentables con un barril que se cotice arriba de los U\$50. El *fracking* es una burbuja alimentada por deudas contraídas por las petroleras con los principales bancos de Wall Street: JP Morgan, Bank of America, Citigroup y Wells Fargo. El coronavirus no generó la crisis del petróleo, sólo la aceleró y profundizó, pero ya en el último trimestre de 2019, el 91% de las quiebras empresariales estadounidenses tuvo lugar en las empresas de petróleo y gas. El año pasado las empresas de *fracking* no pudieron pagar 26.000 millones de dólares de deudas. Actualmente se calcula que si el barril se recupera a U\$20, quinientas treinta y tres petroleras podrían quebrar en 2021, pero si sólo queda en U\$10, podría haber más de mil cien quiebras. El desplome de los precios pone en cuestión en lo inmediato la devolución de 120.000 millones de euros.

Pero el *fracking* no es la única burbuja ligada al petróleo. El mercado de derivados y futuros es otra burbuja especulativa donde los compradores invierten



en un valor ficticio, especulativo, que no está respaldado por ningún barril real de petróleo. Se trata de una apuesta donde se fija con anticipación un precio de compra de un barril de petróleo aún inexistente. Actualmente se calcula que, por cada barril de petróleo real, existen 500 “papeles” sin valor, es decir, promesas de liquidación a futuro, lo que transforma a este mercado en una enorme burbuja que mueve en el mercado mundial alrededor de 2 billones de dólares. Los mercados de derivados y futuros existen también ligados a la producción de *commodities* y todo tipo de materias primas como el trigo, la soja, el maíz, etc.

Ante la caída de la tasa de ganancia, los capitales empiezan a retirar sus capitales de las ramas de producción donde están cayendo sus beneficios y empiezan a migrar hacia las ramas donde hay subproducción y que prometen ganancias, como las tecnológicas, energías renovables, salud y mineras que producen oro, un activo refugio para los grandes capitales. A la vez, se preparan nuevas bancarrotas, nuevas fusiones y un salto en la concentración del capital, donde las empresas que salgan triunfantes de la crisis se compren a precio de remate a las perdedoras, en bancarrota.

Como sostenemos más arriba, los gobiernos intervinieron ante la crisis inyectando dinero fresco y salvando a sus transnacionales en bancarrota. Los magnates del capital financiero no invierten la mayor parte de ese dinero en la producción, sino que lo ponen a valorizar sus propias empresas en bancarrota recomprando sus propias acciones y generando de esa manera una burbuja especulativa que nada tiene que ver con el estado real de sus empresas, las cuales están quebradas, o lo reparten como dividendos entre los accionistas. Esto es parasitismo. Un puñado de ricos, el 1 % de la población mundial, que viven, al decir de Lenin, de recortar cupones, han acaparado más del 50 % de la riqueza que existe en el planeta y que ellos no han producido. Para salvar a estos parásitos, los Estados se endeudan, crean ciclos de consumo basados en el endeudamiento y compran las deudas de las empresas en bancarrota. Según valores de 2019, se calcula que la deuda mundial alcanzaba un 322 % del PBI del planeta, con unos 255 billones de dólares, es decir, beneficios que ya se devoraron y que el trabajo humano aún no ha producido. Esos

valores no tienen en cuenta los planes de endeudamiento con los cuales salvaron a las transnacionales de la quiebra en 2020. De esa enorme cantidad de deuda, 20 billones en bonos y préstamos globales deben ser cancelados antes de finalizar el 2020 y de ellos, 4,3 billones pertenecen a los “países emergentes”, es decir, al mundo colonial y semicolonial. Esto pone a la orden del día nuevos *defaults* y bancarrotas, sobre todo entre países afectados directamente por la caída de los precios del petróleo como Venezuela, Colombia y Ecuador en América Latina, o en los países de la OPEP o que dependan en importante proporción de la producción de crudo.

Mientras tanto, como decimos más arriba, el BCE implemento un nuevo programa de préstamos a los bancos con intereses negativos de un 0,25 %. Es decir que el BCE les paga un interés por prestarles dinero, el cual pueden utilizar para dar préstamos a los consumidores, prestar al mundo colonial y semicolonial a tasas usurarias, recomprar acciones, mercados a futuro, bienes raíces, o simplemente repartirlos como dividendos entre sus accionistas, entre otras opciones parasitarias. Programas similares se preparan en EE. UU.

La crisis, desarrollándose como crisis de sobreproducción aquí o subproducción allí, pone en evidencia el carácter anárquico del sistema capitalista. Los monopolios planifican de manera milimétrica su producción al interior de sus empresas. Pero esta planificación al interior se expresa como anarquía en el mercado, dado que su producción se opone a la de los monopolios competidores. Es decir, que un puñado de parásitos controlen la economía mundial buscando sus propios beneficios, no elimina la anarquía, sino que la agudiza. Esto se pone en evidencia actualmente con la sobreproducción de petróleo -donde se subsidia la producción de empresas que trabajan a pérdida, como con el *fracking* en EE. UU., y se la boicotea allí donde es productiva, limitando artificialmente la de la OPEP-, la sub producción de elementos sanitarios para enfrentar la pandemia, los enormes recursos destinados a desarrollar fuerzas destructivas y valores ficticios -derrochando una gran cantidad de trabajo humano- y el hecho de que, por dar sólo un ejemplo, los granjeros de EE. UU. sacrifiquen por semana 700.000 cerdos sanos por el cierre de las plantas de producción de carne, que las cosechas se pudran sin

que nadie las levante y la leche se derrame mientras millones de explotados pasan hambre y millones de niños mueren de desnutrición en todo el mundo.

7. A PESAR DEL RETROCESO COYUNTURAL DEL PROLETARIADO INTERNACIONAL LA SITUACIÓN MUNDIAL PERMANECE AÚN INDEFINIDA

Como sostenemos más arriba, las masas venían dando duros combates en toda una serie de países como Francia, Chile, Haití, Honduras, Líbano, Irak, Irán, entre muchos otros. La crisis sanitaria actuó desorganizando los combates de masas, permitiéndole a la burguesía avanzar en arrancar libertades democráticas con sus “estados de alarma”, “de emergencia”, haciendo uso de los últimos avances tecnológicos para aumentar el control sobre los explotados y aumentando la bonapartización de los regímenes. Además, han avanzado en descargar la crisis sobre las masas despidiendo y flexibilizando las condiciones de tra-

bajo de millones de explotados en todo el mundo. Para poder llevar adelante esta política de reacción, la burguesía se apoyó en las burocracias sindicales y en las direcciones reformistas, quienes actúan como consejeras de los gobiernos capitalistas a los cuales se dedican a presionar para que tomen tal o cual medida para enfrentar la pandemia. Estas burocracias obreras, sostenidas por las direcciones reformistas, han impuesto una verdadera política reaccionaria de “escala móvil de despidos, suspensiones y rebajas salariales”, al igual que lo hicieron en la crisis del 2008.



Obreros de las maquilas del norte de México luchan contra la pandemia

Mientras tanto, las masas acumulan odio contra los gobiernos y regímenes, los cuales vienen atacando los sistemas de salud y son responsables de las miles de muertes entre los explotados. A pesar del retroceso



coyuntural, las masas buscan dar una respuesta a la crisis económica y sanitaria con sus métodos de lucha, con huelgas de resistencia como en Amazon en EE. UU. y las maquilas del norte de México, revueltas por el pan como en Bolivia, Venezuela y Francia, saqueos y huelgas generales, como en Italia, motines como en los centros de detención de migrantes en México, y acciones independientes de masas atacando la propiedad de los bancos como en El Líbano, entre otros. La bancarrota capitalista prepara nuevos combates superiores de masas, tornando la situación objetiva, a pesar del retroceso coyuntural, prerrevolucionaria. Sin embargo, una situación prerrevolucionaria, por el accionar no revolucionario de las direcciones reformistas que controlan las organizaciones de lucha de las masas, puede tornarse contrarrevolucionaria. La crisis crea las condiciones para el enfrentamiento abierto entre las clases, para nuevos choques entre revolución y contrarrevolución a nivel internacional. El rol de las direcciones reformistas es desorganizar los combates, generando las condiciones para duras derrotas. Mientras, la burguesía va alistando sus fuerzas contrarrevolucionarias. En condiciones de polarización entre las clases, las bandas fascistas van a surgir

como hongos después de la lluvia. Cuando Trump culpa a China del virus y amenaza con nuevas sanciones, a la vez que decide suspender la migración por sesenta días para proteger “el trabajo de los estadounidenses”, persigue dos objetivos: engañar a las masas inventando un enemigo “fuera de su país”, y culpar a los migrantes de la falta de trabajo, desarrollando tendencias chovinistas en la pequeñoburguesía y en sectores del proletariado. Los internacionalistas afirmamos que, en las potencias imperialistas, el enemigo principal está en casa. La necesidad de combatir el chovinismo, partiendo de defender los intereses de los sectores más oprimidos de las masas -como los migrantes, la juventud, la mujer trabajadora y las minorías raciales- es una cuestión de vida o muerte para el proletariado internacional. Sólo con esa política se podrán crear y desarrollar los organismos armados de lucha política de masas. En Europa, Japón, EE. UU. y en el mundo colonial y semicolonial, la alternativa “comunismo o fascismo” se va a transformar cada vez más en una alternativa inmediata. Por el momento, debido a las tendencias contradictorias de la actualidad, la situación se ha tornado indefinida.

8. CRISIS DE DIRECCIÓN

Las corrientes de la izquierda reformista, ante la pandemia y la crisis económica, se han dedicado a tirarle tierra en los ojos al proletariado, negándose a defender una política independiente para que la crisis la pague la burguesía y sostienen, de hecho, una verdadera política de “escala móvil de despidos, suspensiones y rebajas salariales”. Ellos se dedican a presionar a los gobiernos capitalistas para que apliquen tal o cual medida y “denuncian” que la política antiobrera aplicada por ellos es “insuficiente”. Incluso, no falta quien, como la tendencia del PO de Altamira en Argentina, llame al Estado burgués a ser “consecuente” en la aplicación de la coerción estatal para garantizar la cuarentena. Sus modelos de enfrentamiento a la pandemia son China o Alemania, donde los explotados han muerto por miles por las políticas antiobreras de los gobiernos capitalistas. Nos quieren convencer de que se puede salir de la crisis sanitaria sin costo para los explotados sin atacar la propiedad

capitalista y sin tomar el poder.

Los trotskistas sostenemos que la crisis sanitaria es una de las formas que ha tomado la crisis capitalista, que es de carácter estructural. Que, para terminar con la pandemia del coronavirus, pero también con el dengue, la tuberculosis y decenas de enfermedades evitables que afectan en mucha mayor medida a los explotados es necesario que la crisis la paguen los capitalistas. No se puede terminar con las pandemias, epidemias y enfermedades capitalistas y muchas de ellas precapitalistas sin atacar los enormes beneficios de ese puñado de parásitos, el 1% de la población mundial, que concentran más del 50% de las riquezas.

Sólo la clase obrera, con su movilización revolucionaria independiente, es capaz de dar una salida progresiva de esta crisis. Es necesario que de manera inmediata todas las propiedades del 1% más rico del mundo, esos parásitos de Wall Street, Londres, Berlín, París y Tokio, entre otros, pasen a manos de



la clase obrera. Los monopolios y las transnacionales, en primer lugar, los laboratorios, las farmacéuticas, las empresas ligadas a la salud, deben ser expropiadas sin pago y controladas por los obreros. Hay que repartir todas las horas de trabajo disponibles entre todos los brazos que estén en condiciones de trabajar para terminar con la desocupación e imponer una escala móvil de salarios de acuerdo con la inflación calculada según las organizaciones obreras. Toda empresa que despidiera o suspenda trabajadores debe ser expropiada y puesta a funcionar bajo control obrero. Las empresas de medios de transporte deben ser expropiadas y puestas bajo control de los trabajadores, para garantizar que el pueblo no viaje como ganado y no se propague el virus. Las transnacionales de la industria alimenticia y los terratenientes deben ser expropiados para garantizar alimentos baratos y el reparto agrario entre los campesinos pobres. Hay que poner en pie comités de base de obreros, campesinos pobres, trabajadores de la salud, científicos y especialistas para definir, sobre la base del control obrero de la producción, qué empresas son esenciales y deben funcionar y de cuáles se puede prescindir en lo inmediato. Esos comités deberán garantizar las condiciones de salubridad necesarias para que las empresas puedan funcionar sin poner en riesgo la salud de los trabajadores. También es tarea de esos comités definir la efectividad de las cuarentenas y éstas deben ser garantizadas por las organizaciones obreras. Hay que expropiar a los grandes supermercados, intermediarios y especuladores y organizar comités de amas de casa y abastecimiento para que ninguna familia obrera se quede sin alimentos de primera calidad. Hay que aumentar los presupuestos de salud y educación, expropiar la salud privada, clínicas, etc., así como cadenas hoteleras y terratenientes urbanos para terminar con el hacinamiento, el problema de la vivienda y la falta de camas. Hay que derrotar los estados de sitio, legitimados por la pandemia y las direcciones traidoras, y organizar comités de autodefensa de obreros y campesinos para defender nuestras organizaciones del ataque del Estado burgués, de grupo paramilitares y bandas fascistas. Por último, es necesario desarrollar y centralizar a nivel regional y nacional todos los comités y organizaciones democráticas de las masas en lucha para que se ponga en pie el poder de los explotados. Estas son algunas de

las medidas que creemos, deben impulsarse a nivel internacional para dar una respuesta inmediata a la crisis. Estas medidas deben ser precisadas y adaptadas al desarrollo desigual de la lucha de clases y de las condiciones objetivas en cada país, y articuladas con las demandas nacionales y locales. Estas medidas que proponemos los revolucionarios chocarán con la resistencia de las burocracias sindicales y direcciones reformistas, fieles sirvientes de los capitalistas. Inclusive no faltará quien tome algunas de estas demandas para proponérselas a los gobiernos que ellas consideran “progresistas”, “antineoliberales”, etc., o se dedicarán a presentarlas como proyectos de ley al Parlamento de los explotadores. Los marxistas sostenemos que sólo con la movilización independiente y revolucionaria podrán llevarse adelante. Por eso, el triunfo sobre los explotadores sólo será posible sobre la base de derrotar a las direcciones traidoras, agentes del capital, y sus políticas socialdemócratas y frentepopulistas.

Lenin, en su trabajo *El imperialismo y la escisión del socialismo*, denuncia el pasaje al campo de la burguesía de la capa privilegiada del proletariado, de la aristocracia obrera, y explica cuál es la base económica para esta corrupción:

Un puñado de países ricos – son en total cuatro, si se tiene en cuenta una riqueza independiente y verdaderamente gigantesca, una riqueza “contemporánea: Inglaterra, Francia, los Estados Unidos y Alemania – ha extendido los monopolios en proporciones inabarcables, obtiene centenares, si no miles de millones de superganancias, “vive sobre las espaldas” de centenares y centenares de millones de hombres de otros países, entre luchas intestinas por el reparto de un botín de lo más suntuoso, de lo más pingüe, de lo más fácil.

(...)

La burguesía de una “gran” potencia imperialista puede económicamente sobornar a las capas superiores de “sus” obreros, dedicando a ello alguno que otro centenar de millones de francos al año, ya que sus superganancias se elevan probablemente



a cerca de mil millones. Y la cuestión de cómo se reparte esa pequeña migaja entre los ministros obreros, los “diputados obreros” (recordad el espléndido análisis que de este concepto hace Engels), los obreros que forman parte de los comités de la industria armamentista, los funcionarios obreros, los obreros organizados en sindicatos de carácter estrechamente gremial, los empleados, etc., etc., es ya una cuestión secundaria (Lenin, *El imperialismo y la escisión del socialismo*, 1916).

Exactamente. Las superganancias obtenidas del saqueo del mundo colonial y semicolonial les permite a las grandes potencias crear una burocracia y aristocracia obreras, base social del oportunismo de las direcciones traidoras. Estas aristocracias y burocracias obreras son desarrolladas también en las colonias y semicolonias, aunque en menor proporción y por eso mismo son menos poderosas. Son las di-

recciones traidoras, corrompidas y sobornadas por la burguesía, las encargadas de sostener este sistema decadente y putrefacto. Como sostiene el *Programa de Transición*:

Las charlatanerías de toda especie según las cuales las condiciones históricas no estarían todavía “maduras” para el socialismo no son sino el producto de la ignorancia o de un engaño consciente. Las condiciones objetivas de la revolución proletaria no sólo están maduras, sino que han empezado a descomponerse. Sin revolución social en un próximo período histórico, la civilización humana está bajo amenaza de ser arrasada por una catástrofe. Todo depende del proletariado, es decir, de su vanguardia revolucionaria. La crisis histórica de la humanidad se reduce a la crisis de la dirección revolucionaria (Trotsky, 1938).



León Trotsky

Los trotskistas sostenemos que en el período histórico que se abrió en el año 2008 no ha faltado predisposición al combate de las masas. El proletariado ha buscado una y otra vez el camino de la revolución,

pero sus direcciones les impusieron las condiciones de la derrota. El nuevo golpe del *crack* pone nuevamente a la orden del día nuevos choques entre las clases, nuevos enfrentamientos entre revolución



y contrarrevolución y una agudización encarnizada de la lucha de partidos al interior del movimiento obrero. La necesidad de atacar el nivel de vida de las masas, de descargar la crisis sobre sus hombros, achica el margen de maniobras de los reformistas y fortalece las posiciones de los revolucionarios. En este período de contrarreformismo, cada vez les va a costar más a las direcciones traidoras hacer pasar migajas como reformas y cada vez más deberán jugar el papel de rompehuelgas, como lo vimos en Siria, acusando a las milicias de ser organizadas por la CIA y la OTAN, o en Ucrania sosteniendo la insurrección fascista de Maidán y acusando a los milicianos del Dombás de ser organizados por Putin. O como lo vemos en América Latina, sosteniendo a gobiernos antiobreros y represivos como el de Maduro, Ortega y Díaz Canel, que nada tienen que envidiar a los gobiernos más “neoliberales” de Piñera o Duque. ¿Significa esto que está abierto el camino a las masas para los revolucionarios? Sabemos que nuestras fuerzas son aún insuficientes. Pero sabemos también que no se trata de una insurrección aislada, sino de todo un período histórico revolucionario. Al respecto sostiene Trotsky:

El mundo capitalista ya no tiene salida, a menos que se considere salida a una agonía prolongada. Es necesario prepararse para largos años, si no décadas, de guerra, insurrecciones, breves intervalos de tregua, nuevas guerras y nuevas insurrecciones. Un partido revolucionario joven tiene que apoyarse en esa perspectiva. La historia le dará suficientes oportunidades y posibilidades de probarse, acumular experiencia y madurar. Cuanto más rápidamente se fusione la vanguardia más breve será la etapa de las convulsiones sangrientas, menor la destrucción que sufrirá nuestro planeta. Pero el gran problema histórico no se resolverá hasta que un

partido revolucionario se ponga al frente del proletariado. El problema de los ritmos y de los intervalos es de enorme importancia, pero no altera la perspectiva histórica general ni la orientación de nuestra política. La conclusión es simple: hay que llevar adelante la tarea de organizar y educar a la vanguardia proletaria con una energía multiplicada por diez. Éste es precisamente el objetivo de la Cuarta Internacional (Trotsky, *La guerra y la IV Internacional*, 1934).

Los trotskistas del NTI nos consideramos una fracción pública de la Fracción Leninista Trotskista Internacional. Consideramos que esta fracción internacional ha dado pasos importantes en el camino de conquistar un reagrupamiento internacional de las fuerzas sanas del trotskismo. Sin embargo, en los últimos años ha dado un giro centrista, de adaptación a las direcciones reformistas, liquidando en su interior toda democracia revolucionaria para que no puedan expresarse posiciones disidentes que pongan en cuestión la política oportunista de su dirección pequeñoburguesa. La degeneración centrista de la dirección de la FLTI pone a la orden del día la lucha por un reagrupamiento revolucionario a su interior para regenerar de manera revolucionaria a la fracción internacional.

A la vez, el pasaje definitivo al campo del reformismo de las direcciones que hablan en nombre del marxismo, del socialismo y del trotskismo pone a la orden del día el combate por reagrupar a las fuerzas sanas del trotskismo a nivel internacional. De lo que se trata para nosotros es de conquistar un reagrupamiento internacional, un nuevo Kiental y Zimmerwald de las fuerzas sanas del trotskismo y las organizaciones obreras revolucionarias. En lograr ese objetivo hemos puesto el cien por ciento de nuestras fuerzas los trotskistas del NTI-CI.

**¡Por un reagrupamiento internacional de las fuerzas sanas del trotskismo!
¡Por la refundación de la IV Internacional sobre la base
de la teoría, los principios, la estrategia y el programa de 1938!**